

LA PUESTA EN ESCENA COMO LUGAR DEL CRIMEN

ALFREDO CASTRO

Director, dramaturgo y actor

Chile

En el año 1992, recogiendo material testimonial para la puesta en escena de **Historia de la sangre**, segunda parte de la **Trilogía testimonial** del Teatro la Memoria, entrevisté a gran cantidad de personas en la cárcel, que habían cometido crímenes pasionales. En estas entrevistas me llamó la atención el imposible relato del acto mismo.

Lo que yo escuché fue siempre lo que precedía o lo que proseguía al crimen. Los relatos eran siempre periféricos, rodeando un hueco, una laguna, donde precisamente el hecho con sus gestos, y posiblemente con un lenguaje, había sido perpetrado. Yo solamente escuchaba la opacidad de eso que no era dicho.

Lo ocurrido antes y después del crimen, del acto, era relatado con lujo de detalles. El tiempo, el ritmo, el volumen siempre sostenido y la monotonía de esas voces ya vaciadas de deseo, hablaban como quien habla de *un recuerdo lejano* y *vago*, de otro lugar... de otro tiempo... de otra persona.

Pero el crimen mismo se demoraba, se aplazaba, suspendiéndose en la promesa.

Durante las horas que había durado la entrevista, ese crimen había sido ejecutado en mí muchas veces, durante esos silencios, en la demora, en el vacío. Tuve que terminar las frases fracturadas, nombrar el arma homicida, deducir la o las víctimas, la o las carnes rotas... Deducir la muerte.



Poner en presente. Reconstituir la escena.

No fueron las historias particulares, rescatadas de estas entrevistas, las que se escenificaron en **Historia de la sangre**, sino el encuentro de imaginarios de esos entrevistados y el mío. No se representó la vida de esos hombres y mujeres, sino todo aquello que esas vidas tenían de irrepresentable.

Fragmentación, descuartizamiento, corte, hemorragia sónica de una nada que salpica de cuerpo en cuerpo.

Lo irremediable, lo súbito, las huellas, la ruptura de linealidad, la trastocación de un orden, el quiebre de lo homogéneo, lo irreversible que todo crimen conlleva, se reprodujo a nivel de estructura dramática, narración, trabajo actoral.

La puesta en escena, como un crimen contra

lo esperado, escenifica aquello que el espectador jamás pensó ver o escuchar, aquello que no sucedió, lo imposible de nombrar, la ausencia, la pérdida, el **paso al acto** del homicida, esa escena imposible de escenificar, por ser tan *real*.

En la **Trilogía testimonial** (**La manzana de Adán, Historia de la sangre y Los días tuertos**), no es la narración de historias particulares o de una historia lo que me ha interesado, sino hacer pasar esos testimonios desde un registro biográfico a lo mítico y fundacional: La Raza, La Diferencia, La Ausencia, El Espectáculo y La Muerte son los grandes temas sobre los cuales he querido reflexionar, utilizando una multiplicidad de caligrafías escénicas (textos, cuerpos, espacios, gestos, música) superpuestas como Enigmas.

Estas voces testimoniales, bocas de desagüe, carne de cañón, susurran su escritura en el borde de *lo real*, como la puesta en escena lo hace en los márgenes de la literatura y el crimen en los bordes de lo posible, en la máxima transgresión.

El conflicto que testimonios, puesta en escena y crimen comparten es el conflicto entre la carne, el origen y el imaginario.

La pregunta que aquí surge es:

¿Lo que esos testimonios dicen es *real*?

¿Eso que los actores actúan es *irreal*?

¿Eso que ese criminal hizo, lo hizo *realmente*?

Ante la necesidad de certeza, de una verdad, la puesta en escena pone en duda. Duda y desconfianza de lo uno, de la realidad, de lo real, de la verdad... para abrirse como una grieta por donde se cuele esa otra realidad, para ser sangre sucia venal, susurro, cáncer del imaginario que invade.

Para ser lo incorrecto.

Como en un crimen, la puesta en escena:

Supera los cánones dramáticos en cuanto a géneros y estilos como también las reglas de lo tradicional. Busca cometer el crimen perfecto o la venganza total.

Subvierte las leyes teatrales de ajuste a la ley para que la escena sea invadida por el deseo.

En el paso al acto se expone el funcionamiento del pensamiento del creador sin la intervención predominante o prejuiciada de la razón, la estética, la moral o la ley.

Armoniza dos estados aparentemente contradictorios:

Sueño y vigilia. El sueño como aparente ilusión y la vigilia como aparente realidad.

La puesta en escena se asocia a experiencias culturales a través del signo arquetípico, generando una nueva caja de resonancias desconocidas e infinitas, tejiendo a nivel del imaginario.

Más que poner en escena, lo que intento es una **reconstitución de escena**. Hago amagos de calzar las imágenes con esa matriz de todas las imágenes, de memorizar un texto inmemorable.

Para eso es necesario volver continuamente al lugar del crimen, al origen, buscar las huellas, rastros e indicios.

Volver al origen de la imagen poética, que no tiene eco ni pasado próximo, pero sí resonancia arcaica.

Volver al origen de la palabra, de esa palabra que es enfermedad, que hiere, mata y fustiga.

Al origen del gesto, allí donde revienta la palabra desesperada, estrangulada.

La puesta en escena no es síntesis de lenguajes sino, por el contrario, es exceso, espesura de signos, yuxtaposición drástica de contrarios, supresión de transiciones, segmentación y multiplicación. Invasión de la escena por el inconsciente, con la precaución de que las cosas dichas al inconsciente se dicen sólo una vez: él cambia inmediatamente, no se deja atrapar. Enigmas, secretos, jeroglíficos... que el espectador deberá descifrar.

No es allí, sobre un escenario, que la puesta en escena sucede sino en la coincidencia de imaginarios del director, los actores y los espectadores.

Huellas, resonancias, vibraciones telúricas que se transmiten por capas y planean por los bordes, en la superficie de esa escena que nunca sucede.

Es en el trabajo de Agonía, en el oficio de la Ausencia, en el **proyecto** del Morir y no en la muerte misma, que me empeño en Reflexionar, en *pasar al acto*, en instituir a través de la incompletud, tal vez la fugacidad de una totalidad.

Es en el proyecto y ensayo continuo de esta **escena**, siempre inconclusa, siempre irrepresentable e inenarrable (y que de llegar a producirse tendría directa relación con la muerte) que el trabajo escénico nos sucede a quienes constituimos el Teatro la Memoria (valga decir que **memoria** es pensar siempre en lo pensado, rehacer sobre lo hecho, es decir, reconstituir **la escena**).

Así como en aquellas entrevistas donde ni el criminal ni yo (su oyente, su testigo) fuimos capaces de nombrar eso que no tiene nombre, así deseáramos que los espectadores abandonaran la sala:

Conmovidos al punto de desear olvidar aquello que vieron o negando haber visto algo.

Que se fueran como cómplices de un crimen ejecutado públicamente, del cual todos hemos sido testigos pero del que nadie dará cuenta, sino que, silenciosamente, lo harán suyo y guardarán para sí.

Presencia del Festival en la ciudad



Fotografías

Fachada del Teatro de la Universidad Católica de Chile, uno de los teatros-sedes del Festival.